

EL ZURDO DE BIELVA

UN ADELANTADO A SU TIEMPO

Juan Francisco Quevedo

Apunto estuvo Rogelio González de nacer con el siglo, con el veinte, pero se adelantó cuatro años para ver la luz en esos finales del XIX tan difíciles para España. Nació en La Habana, cuando aún ondeaba la bandera española a la entrada del puerto y los cañones de hierro fundido de la fábrica de La Cavada defendían la entrada a la bahía desde el castillo del Morro. En aquella hermosa ciudad, al sonido del rompiente de su mar, su padre se había asentado, como tantos cántabros, como tantos montañeses, para procurarse un futuro mejor, para intentar hacer, como se decía por entonces, “las Américas”. Era el cuarto de los siete hijos que Miguel tuvo con su esposa, una cubana de origen canario, que respondía por Vitorina.

No duró gran cosa la aventura americana de Rogelio. Corría el año 1897, cuando la familia decidió regresar a España y poner rumbo a su terruño del alma, a la Bielva de sus antepasados. Se libraron por los pelos de asistir a ese desastre que fue el 98 y que tanto influiría en el desánimo en el que se vio inmersa la sociedad española, y en especial la santanderina. Una ciudad que atónita iría contemplando cómo llegaban al puerto y a la bahía los desastrosos, enfermos y tullidos soldados que regresaban de intentar mantener los últimos restos de un imperio que ya se había desmoronado hacía varios siglos. Eran otros tiempos, los tiempos de las sociedades jóvenes, de una sociedad como la norteamericana que llamaba con pujanza a la puerta del siglo XX, donde acabará constituyéndose en la potencia hegemónica del mundo occidental. A España le había llegado su hora, la hora de enfrentarse a la realidad de la pérdida de sus últimas posesiones de Ultramar, la hora de asumir el nuevo papel que la historia le asignaba. Esa verdad causó un gran dolor en una sociedad que había vivido inmersa en el espejismo de su antigua grandeza.

Rogelio con poco más de un año supo lo que era impregnarse del polvo, de la tierra y de la luz de su pueblo, supo de esas sensaciones que todos tenemos tan arraigadas, tan prendidas en el corazón, y que jamás olvidamos. Las que nos transmite la tierra de cada cual, aquella pequeña porción del planeta a la que nos sentimos unidos por un lazo indeleble y por un sentimiento hondo y profundo, la que recordamos desde la distancia y la que engrandecemos con un recuerdo empañado por la nostalgia, la que, como decía Cernuda, “envenena mis sueños”.

Ese lugar preciso y vivido del mundo, que constituye nuestra esencia primigenia, no es un continente, no es un país,



ni tan siquiera una comarca. Ese lugar concreto de nuestro mapa sentimental es el trozuko de hierba que pisamos de críos para ir a la escuela, son las callejuelas embarradas por las que corrimos, la risa de nuestra madre, el murmullo agudo de los hermanos... No es más que la verdad del hombre, una verdad unida al polvo, la tierra y la luz de un pequeño lugar del mundo, el nuestro.

En Bielva, en el valle de Herrerías, por donde el Nansa mueve con su fuerza las ruedas pesadas de los molinos y donde contribuye a alimentar el fuego de las forjas que se instalan a su vera, Rogelio tenía esa pequeña porción del mundo que era suya. Allí estaba el lugar donde comenzó a jugar a los bolos. Para ello, no dudó en construirse su propia bolera y en ese artesanal corro, donde se entretenía de niño viendo rodar los bolos sobre la arena húmeda, comenzó a forjar su propia leyenda deportiva y humana, una leyenda que ha trascendido a su escueta fisonomía para constituirse en un mito del deporte cántabro, el más grande que haya existido. Desde luego, “El Zurdo de Bielva” es el único jugador, a pesar de las figuras que ha habido a lo largo de la historia del juego de los bolos, que ha quedado como tal en la memoria de todo un pueblo, el cántabro, tanto en la sentimental como en la deportiva.

Rogelio González Vinales, “El Zurdo de Bielva”, es una leyenda indiscutible de un deporte tan nuestro, tan pegado

a la tradición más auténtica y tan arraigado a nuestra idiosincrasia, como es el juego de los bolos, una de las disciplinas deportivas más exigentes que existen, tanto en preparación física y técnica como psicológica. Una disciplina deportiva en la que si no se logra un equilibrio en esos factores tan determinantes nunca se forjará un gran jugador. Y "El Zurdo de Bielva", sin tener la figura atlética, ni el poderío de lo físico, supo potenciar las facultades psicológicas y adaptar sus cualidades anatómicas, nada apropiadas para la práctica competitiva de este deporte, a las características que la naturaleza le había proporcionado. Desarrolló una técnica basada en el pulso y en la puntería, dejando la fuerza para aquellos más dotados. Tuvo la habilidad de prepararse con infatigable dedicación, en constantes entrenamientos, fomentando aquellas condiciones que mejor se adaptaban a su físico y, además, tuvo la inteligencia y la fortaleza mental de creer en sí mismo, de creer en lo que hacía, lo que le convirtió en un jugador excepcional.



Con la bola en la diestra, 1º por la izquierda

Es decir, fue un hombre que con una estructura anatómica que no se acercaba al tipo medio del deportista de élite bolístico, quiso y supo trabajar sus cualidades mentales-la base del deporte moderno- y supo detectar y trabajar sus mejores capacidades y habilidades físicas. Supo combinar a la perfección mente y cuerpo; y lo consiguió desde una figura frágil, practicando un carácter amable y viendo en cada compañero de partida, en cada rival, a un amigo. Fue un adelantado a su tiempo.

En la Bielva de sus años primeros, a pesar de ser diestro para la vida diaria y cotidiana, se entrenó para jugar por igual con ambas manos, hasta que ya de buen mozo se inclinó a hacerlo sólo con la zurda. Su afición se convirtió casi

de inmediato en una verdadera pasión y este entusiasmo llegaba a tal extremo que, cuando sus padres le requirieron para hacerse una foto de familia, exigió plantar los bolos por delante, mientras él sostenía una bola en su mano diestra. Y de esa foto ha quedado constancia.

No obstante, aquellos no eran años propicios ni para una familia, ni para la juventud de estos lares, tan castigada en aquellos balbucesos del siglo. Con veintidós años, antes de que comenzara la década de los veinte, y con Alfonso XIII en el trono de España y en los veranos santanderinos, tuvo que hacer el mismo camino que ya hiciera su padre tiempo atrás, el de la emigración, el que le llevó de vuelta con toda la familia a la isla caribeña donde nació. Dejó y cambió, a la fuerza, el cariño y el sabor de la tierra de sus mayores, que ya había hecho suya, por la mágica luz de La Habana. Y, sin embargo, este viaje, que parecía alejarle definitivamente del mundo de los bolos, sería crucial en su desarrollo deportivo.

Al poco de arribar, no tardó en informarse de una modalidad de bolos que se jugaba en el Centro Asturiano, el "bolo cubano", una disciplina muy diferente a la que se practicaba en su tierra y que consistía básicamente en pegar fuerte, de frente y en la base, a un bolo panzón. Algo que a Rogelio le iba que ni pintado; allí se hizo un consumado lanzador que fiaba todo al pulso, como se requería. Allí perfeccionó y desarrolló esta técnica que con el tiempo acabaría aplicando a los bolos que se jugaban en su tierra. Y lo hizo hasta tal extremo y con tal precisión que, a día de hoy, no ha habido nunca un jugador que fuera capaz de dar tantos estacazos, ni conseguir tantos emboques como él. No se le han aproximado ni por asomo. Ni tan siquiera ha habido un solo jugador que siguiera sus pasos, en cuanto a

CENTRO DE MASAJE

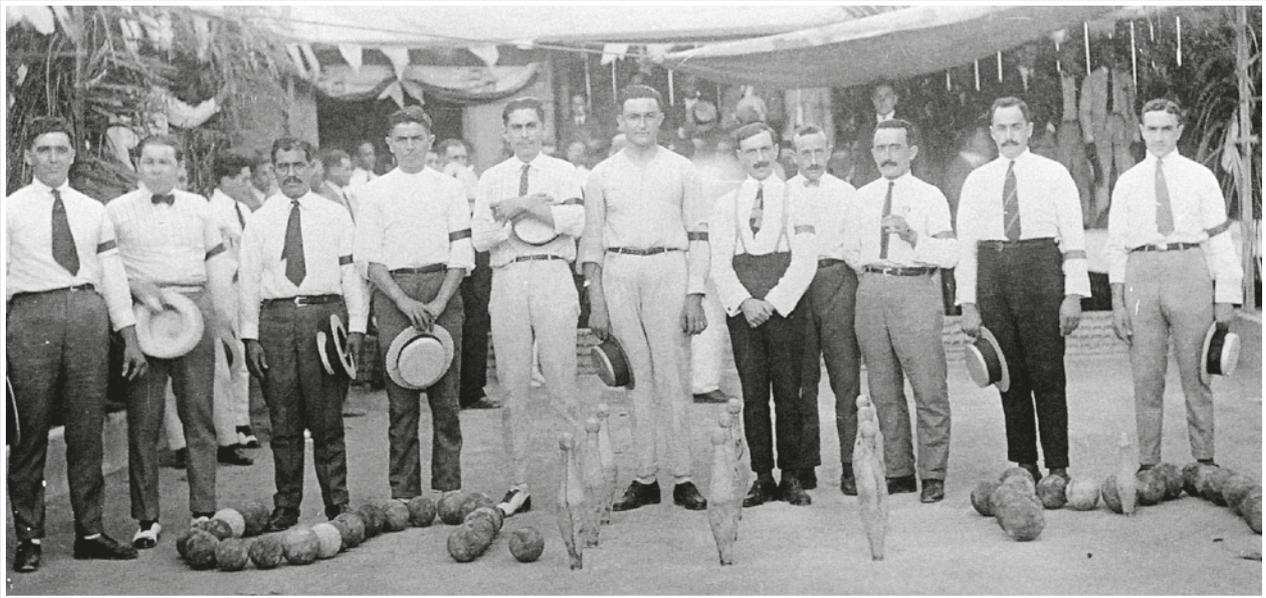
GENERAL Y DEPORTIVO



NORBERTO ORTIZ

c/ Vista Alegre nº2 bajo
39001 - Santander (Cantabria)

Tlfno.: 942 365 004



Jugando en Cuba, 4° por la derecha

su manera de ver el juego y de propinar leña al primer bolo de la fila del medio. Ha sido único y, quizás, esa sea una de las razones que han hecho de él un mito.

A los diez años de su marcha a Cuba, ya con treinta y dos cumplidos, regresa a su puebluco del alma y no tardará en destacar en todas las competencias a las que se presenta, forjando una leyenda que pervive hasta nuestros días. Legendarias son las exhibiciones con las que deleitaba al público; en ellas era capaz de ir tirando los bolos uno a uno, uno con cada bola, desde el tiro, desde quince metros, comenzando por los de atrás. Y remataba la faena dando un sonoro estacazo al último que todavía permanecía en pie, el primero de la fila del medio, y en muchos casos, embocando. Los corros se emocionaban ante tanto talento. Esa manera de hacer y proceder no surgía de la casualidad, respondía a un hecho de lo más elemental; en aquellos días de juventud su economía no era muy boyante, no lo suficiente, al menos, como para permitirse pagar diariamente a un pinche que le fuera plantando cada vez que tirara, así que afinó el pulso derribando los bolos uno a uno desde el tiro y ahorrándose unos cuantos viajes hacia la caja, además de la propina del plantador. Y es que no hay nada más cierto que eso de que la necesidad aguza el ingenio.



Con su gran rival y amigo, Federico Mallavia

Eso por no hablar de otra de las anécdotas que contribuyeron a agrandar su memoria. Debo decir que estas hazañas me han llegado a través de múltiples testimonios y son absolutamente fidedignas, no quedándome ni un atisbo de duda sobre su veracidad. Por entretener al público, en ocasiones colocaba una caja de cerillas encima del bolo y conseguía desde el tiro, a una distancia de catorce o quince metros, derribar la caja mientras que el bolo seguía enhiesto en su sitio. Mi padre, entre otros muchos, asistió a estas exhibiciones, asegurándome la consecución de tales prodigios; me lo relataba lleno de emoción y como lo que era, un hecho excepcional y grandioso. Algo así jamás se ha visto en corro alguno.

Este hombre, sencillo y humilde, rápido de movimientos y certero siempre, con el ojo en la diana, supo hacer del juego de los bolos una actividad social, deportiva y lúdica en la que no hacía sino dejar amigos. Fue un caballero en todos los corros que pisó e hizo de la deportividad una bandera. Nunca movió un pie del sitio, ni en el tiro, ni en el birle; fue un jugador de una pulcritud exquisita tanto para con el juego como para con sus rivales. Jamás discutió una sola jugada, por adversa que le fuera la decisión tomada por el juez, y siempre supo encajar con buen semblante las derrotas y las victorias. Fue un hombre que sólo dejó amigos allá por donde pasó. Y uno de los más grandes amigos de Rogelio



fue, sin duda, su compañero de tantas partidas, Calixto García Sánchez. Otro hombre que forjó su leyenda en esas boleras que había en los pueblos al lado de esas tiendas-bar en las que encontrabas de todo. En su caso, en la bolera de su propiedad, en el barrio de La Cocina, en el pueblo de Roiz, el mismo pueblo donde viera la luz uno de los grandes arquitectos de la historia de la humanidad, Juan de Herrera.

Tal fue la confraternización a la que llegaron estas dos figuras de los bolos, y en ella sus pueblos, que en el año 1959, poco antes de la muerte de "El Zurdo de Bielva", a propuesta de Calixto, se fundó en Roiz la Peña Bolística "El Zurdo de Bielva" de grato recuerdo y mejor memoria, que tantas tardes de gloria hubo de vivir en la bolera de La Cocina, propiedad de la familia. La generosidad y el reconocimiento de este hombre excepcional hacia su amigo y compañero no hacen sino engrandecer su recuerdo.

En contrapartida, en Bielva, años más tarde se fundó la Peña Bolística Calixto García, en honor de "El patriarca de Roiz" que, por esas cosas que pasaron en los pueblos pequeños, donde la juventud se marchó en busca de trabajo, no pudo perdurar en el tiempo. A día de hoy, la peña de Roiz lleva el nombre de Peña Bolística El Zurdo de Bielva-Calixto García. En ella se han vuelto a hermanar estos dos grandes amigos, estos dos grandes jugadores



En el tiro, Palacio de los Deportes de Barcelona, 1951.



En Madrid, 1941 -el mural de fondo refleja claramente la época-, al acabar el primer Campeonato de España -fue segundo tras Joaquín Salas-, haciendo una demostración para tirar los nueve bolos uno a uno con nueve bolas, embocando con la última

que allá por donde pasaron no hicieron sino dejar grato recuerdo de su presencia y de su elegancia, tanto personal como en el juego.

De los títulos deportivos de "El Zurdo de Bielva" hablan sobradamente las hemerotecas; yo he preferido hablar de la inteligencia en el juego y de su periplo vital, así como de la impronta imborrable que ha dejado en la memoria de un pueblo que se siente representado, también en el deporte, en la tradición de un juego, el de los bolos. Un deporte que tanto ha contribuido al desarrollo social de los diferentes lugares de Cantabria, un deporte tan nuestro, tan empastado a nuestro carácter que es nuestra obligación cuidarlo, cuando no mimarlo, y transmitirlo a las generaciones venideras. Y, sin duda, la memoria de "El Zurdo de Bielva", su recuerdo, y la de hombres como Calixto García, contribuyen decisivamente en esa tarea, tan grata por otra parte, de cuidar y proteger lo que es nuestro. Y el deporte de los bolos lo es y merece el esfuerzo de todo un pueblo. El nuestro.



Con los: colosos Cabello, Escalante, Salas y Ramiro. A pesar de sus condiciones físicas, supo sacar el máximo rendimiento a sus capacidades técnicas y mentales, la base del deporte moderno. Fue un adelantado a su tiempo